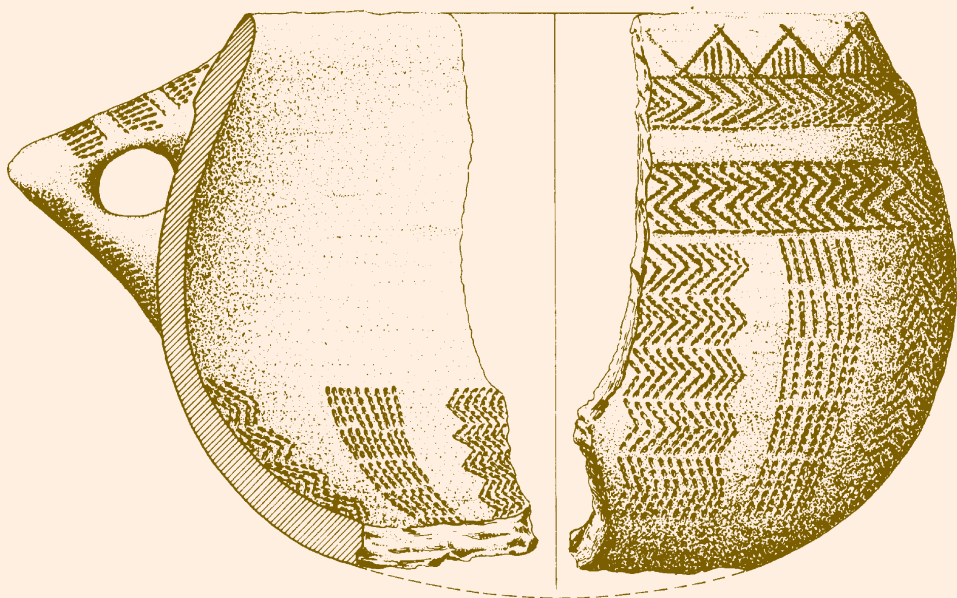


Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas



Anejo de la revista *Lucentvm*
Universidad de Alicante

Este libro ha contado para su edición con la ayuda de la Consellería de Cultura de la Generalitat Valenciana y de la Diputación Provincial de Alicante.

Edita:

Secretariado de Publicaciones Universidad de Alicante

Portada:

Enrique (Gabinete de Prensa. Universidad de Alicante)

Imprime:

Gráficas Ciudad, S.A. - Alcoy

ISBN: 84-600-3906-4

Depósito Legal: A-317-1985

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado –electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.–, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Estos créditos pertenecen a la edición impresa de la obra.

Edición electrónica:



ARQUEOLOGÍA DEL PAÍS VALENCIANO:

Panorama y perspectivas

Pedro A. Lillo Carpio

La cultura ibérica en tierras murcianas

Índice

Portada

Créditos

La cultura ibérica en tierras murcianas

Pedro A. Lillo Carpio 5

Pedro A. Lillo Carpio
Universidad de Murcia

La cultura ibérica en tierras murcianas

Los nuevos trabajos de síntesis sobre el complejo que representa la cultura ibérica en general y los dedicados a algunos estadios en particular de la misma ponen de manifiesto la imposibilidad de llegar por el momento a tesis concluyentes. En general abren con nuevas hipótesis de trabajo, la panorámica de su formación y desenvolvimiento hasta el momento de la romanización.

Bien es verdad que en el campo de la investigación arqueológica en general podemos observar un acentuado interés con respecto a la investigación de nuestro pasado protohistórico con respecto al de otras fases del mismo.

Parece indudable que hemos de considerar, compartiendo la opinión de Maluquer, que la cultura ibérica es una cultura

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

más en el contexto del Mediterráneo occidental protohistórico, como la de los galos. Es una cultura que se concreta con el desarrollo de la Edad del Hierro sobre el substrato indígena. En este desarrollo se habrá de considerar como esencial el hecho de la presencia de influencias mediterráneas, factor decisivo en su formación y sin el cual no hubiese sido posible el desarrollo de su entidad cultural.

La primera dificultad y tema de polémica la hallamos ya al intentar expresar el área de ocupación de la población considerada ibérica.

Se han definido como tal el área en que se hallan testimonios lingüísticos análogos. Nos podemos plantear la imposibilidad real que existe de conocer el uso de esa lengua como coloquial, culta o exotérica según las zonas y la problemática aún no resuelta del todo sobre la cronología de los hallazgos epigráficos. Será pues problemático hablar de unidad lingüística.

Otro tanto nos ocurre si tratamos de generalizar en base a ciertos tipos de escultura, de las cerámicas pintadas u otro cualquier testimonio material lo suficientemente característico y difundido. En cualquier caso nos hallamos ante las dificultades de su restringida cronología, su particular área de

dispersión y la no superposición de estos testimonios sobre las mismas áreas culturales.

Aun así hay conciencia del área a definir, como ibérica -aunque algún sector carezca de algunas de las más significativas expresiones materiales- y que a partir de ciertos límites se hace más difusa.

Ha de ser en función del análisis de las distintas áreas en las distintas etapas cronológicas, los nexos de todo tipo que pueden llegar a conjugar esas distintas áreas y su sucesión y continuidad cronológica en cuanto a su expresión material a través de lo que llegaremos a su mejor conocimiento. Es por ello por lo que es inadmisibles el término iberización en el sentido que podríamos aplicar el de romanización, en el que hallamos implícito el concepto de adaptación y homologación forzosa a unos esquemas políticos, económicos y culturales concretos en el área de la Andalucía Oriental y todo el Levante peninsular.

Sí ha habido un lento proceso de aculturación motivado por los contactos fruto del comercio a lo largo de una extensa franja costera y con penetración hacia las áreas que constituyen los focos de aprovisionamiento de materias primas.

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

Nuestro trabajo va a referirse a una área concreta, el hinterland inmediato de lo que para la administración romana va a ser la capitalidad de la Cartaginense. A lo largo del I milenio antes de nuestra era y aun después la reconstrucción histórica del área habrá de montarse en función del hecho de la presencia del emporio costero.

Sobre las primeras etapas de formación de la cultura ibérica en las tierras murcianas lo que conocemos coincide a grandes rasgos con lo considerado como factores comunes por Bendala y otros autores para Andalucía Oriental: el substrato de influencia tartésica, los estímulos griegos, el de los establecimientos fenicios y las corrientes de tipo céltico.

Los trabajos de Ros Salas sobre yacimientos de cronología alta y de inminente publicación aportarán nueva luz sobre esta etapa tan incompleta aún para nuestra región.

Al referirnos al ibérico pleno -de fines del V hasta la segunda mitad del s. III antes de nuestra era- habremos de contar irremisiblemente con el factor púnico como fundamental en su formación, distribución y características peculiares. El Mediterráneo occidental, africano y del mediodía peninsular forman un arco que en sus rasgos fundamentales corresponde a un esquema cultural unitario: el de las fundaciones

púnicas y su influencia en el área de mercado. En él queda incluida el área murciana desde Villaricos, ya en Almería y a unos miles de metros del actual límite regional, Aguilas, Mazarrón, Cartagena, Mar Menor y a nuestro juicio ensamblando con los complejos portuarios de Elche y Alicante.

Sería de mayor interés revisar mientras aún estemos a tiempo los antiguos establecimientos portuarios con arsenales de época púnica. Si para Cartagena está clara la distribución: muelle comercial, arsenal, explotaciones salinas, etc., y este esquema, sometido a escrupuloso análisis, puede ser aplicado al puerto de Mazarrón, y su laguna interior, con sus salinas y numerosos restos púnicos y para otros emplazamientos más al norte, curiosamente inmediatos a salinas y almarjales que bien pudieran ser antiguas dársenas colmatadas.

Lo antedicho marca unas peculiares características para el área ibérica murciana. La ubicación costera de mercados y sobre todo la explotación minera hace que dichas zonas y la cadena montañosa litoral, muy poblada en el Bronce Medio, quede fuera del contexto cultural a lo largo del I milenio hasta la ocupación romana. Como posibles explicaciones estarán la explotación a gran escala de los yacimientos metálicos y el consiguiente agotamiento de los recursos del área, humanos y ecológicos (reclutas de siervos sobre todo para las

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

minas, deforestación y agotamiento de los recursos propios de economía mixta).

Para el estudio de este período consideramos de mayor interés los hitos fundamentales que en el área del Mediterráneo y de la mano de las grandes potencias del momento van a repercutir en el desarrollo de la cultura ibérica, sobre todo los tratados entre estas potencias que recogen las Fuentes Escritas. Hemos de tener en cuenta que los cartagineses, como los egipcios, consideran la explotación minera como un monopolio estatal y su área de explotación fundamental es la de Villaricos-Cartagena con una penetración por Cehegín hasta el Alto Guadalquivir. Esta estructura de explotación y el área que afecta palpitará al ritmo que indique la política económica y militar de Cartago.

Consecuencias de los hechos políticos militares se han querido ver tradicionalmente en los cambios materiales observados en los contextos arqueológicos. Para el área que nos ocupa consideramos de interés la fecha y posibles consecuencias de la II Guerra Grecopúnica (409-404) y de la III (397-395) con la consiguiente alianza con Atenas. Este hecho y su significado práctico justificaría el notable apogeo que se hace patente en el comercio de vasos áticos que marcan un destacable espectro desde los poblados prelito-

rales, con alta incidencia en los poblados bien comunicados y, remontando los pasos naturales –en especial los cauces fluviales–, llega a tener un importante valor en las áreas mineras de la cabecera del Guadalquivir. Esta planificación en la explotación metálica marca complejas y remotas rutas, como está comprobando Maluquer de Motes.

El segundo tratado de Roma con Cartago es otro hito a tener en cuenta. El escepticismo sobre su trascendencia creemos que podría ser consecuencia de interpretaciones y aplicaciones a distintas áreas indiscriminadamente. Al hablar de esta zona lo estamos haciendo de un punto neurálgico para la explotación de metales, su obtención y purificación, hecho como es sabido vital a nivel de estado. Su explotación crea una poderosa infraestructura al necesitar recursos de base: cereales, madera y mano de obra sobre todo.

La mayoría de los productos que se necesitan habrán de ser obtenidos *indirectamente* como fórmula práctica más rentable, es decir, se habrán de conseguir a través de la adaptación de la economía ibérica a la producción y provisión de los productos exigidos en contrapartida de manufacturas que estimulen y motiven el comercio.

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

Estos hechos evidentes han de afectar necesariamente a hábitos y costumbres ya de por sí condicionadas durante centurias al estímulo exterior. Así, a mediados del s. IV se *transforman* necrópolis y poblados, de los cuales algunos desaparecen.

A partir de la citada fecha -348- es evidente una nueva disposición general del área cultural ibérica murciana: todo parece estar condicionado y los recursos canalizados en mayor o menor grado en función del hecho de las grandes explotaciones mineras, salineras y pesqueras de los focos costeros. No habría de sorprendernos dado que, conquistada y romanizada el área, Cartago-Nova reasumirá un papel de absoluto protagonismo industrial, político y económico hasta el punto de que el área murciana carecerá de ninguna otra estructura urbana hasta que en época tardía se deterioren las estructuras político económicas.

La segunda mitad del s. IV y hasta la conquista romana significa el máximo florecimiento de los poblados ibéricos: complejidad en las viviendas y en particular un extenso complejo de productos y manufacturas del comercio mediterráneo, del que tenemos buen ejemplo en los objetos exhumados de los contextos funerarios. Los poblados productores y proveedores se enriquecen.

Un hecho a considerar es que para el área que estudiamos no se puede hablar de *destrucción*, sí de modificaciones. Sería del mayor interés revisar ciertos *niveles de destrucción* en muchos poblados y replantearse si son fruto de asaltos violentos o simples reestructuraciones, hechos accidentales o abandonos por motivos diversos. Posiblemente se ha justificado mediante un catastrofismo bélico complejos hechos basados en motivaciones muy variadas como por ejemplo plagas, sequías, incendios fortuitos o cambios en la estructura sociopolítica entre otras.

Con las guerras anibálicas indudablemente el área se ve sometida a una fuerte crisis. Pero aún de esta fase no se halla un nivel de destrucción definido en los poblados conocidos.

La romanización es muy temprana; la mayoría de las *villae* de explotación agrícola son de época republicana según ha podido constatar Ramallo Asensio. En este punto consideramos que se basa fundamentalmente la progresiva y rápida desaparición del hábitat en poblado. Las *villae* se ubican lógicamente en los puntos más ricos en posibilidades y recursos agropecuarios que en un área de considerable densidad demográfica como la que nos ocupa, correspondía y formaba parte integrante del hinterland de los poblados.

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

Hasta ocupación aparentemente brutal parece que no se efectúa de forma violenta. Posiblemente acuerdos, cesiones, ofertas de trabajo y la lógica atracción que ejerce un nuevo sistema de explotación organizado, herramental, planificación hidráulica, etc., favorecen este decisivo cambio.

Lo cierto es que los poblados en su mayoría, languidecen a lo largo de la primera mitad del s. II antes de nuestra era hasta su definitivo abandono.

A la hora de analizar el poblamiento ibérico en tierras murcianas nos hallamos ante una serie de peculiaridades algunas de las cuales hemos apuntado anteriormente.

La presencia a lo largo de todo el milenio de importantes explotaciones metalíferas, sobre todo de plomo, plata, estaño, hierro y oro, condiciona el mosaico poblacional que intentamos reconstruir.

El marco geográfico que constituye la costa, área montañosa litoral -sierras mineras con valles feraces en muchos casos y que tuvo densa población en la Edad del Bronce- y área inmediata a los amplios valles del Guadalentín y vega del Segura carece de contextos que podamos calificar de ibéricos.

Al norte de esta línea que divide la región de E. a W., en la margen izquierda del Guadalentín y área inmediata al cauce del Segura se halla una especie de *limes* ibérico, caracterizado por poseer los poblados de mayor entidad y con mayor proporción de objetos suntuarios de importación: Lorca ciudad, Totana, Alcantarilla, Verdolay, Monteagudo, etc.

Hacia el norte la población se distribuye a lo largo de los cauces de los afluentes del Segura, río Mula, Argos, Quípar, Moratalla, Turrilla y del propio Segura, sucediéndose remontando los valles hasta el macizo hidrográfico en que tienen su origen, común al de los ríos béticos e inmediato al límite septentrional de nuestra región.

Entre otras características comunes a estos poblados tenemos la presencia de productos importados, en especial cerámicas áticas.

Otro considerable conjunto de poblados se extiende por el área al norte de la línea que marcan Lorca-Murcia, de manera dispersa. Se atienden a las constantes convencionales de provisión de agua próxima al poblado, posibilidades de explotación agrícola, áreas de pastos y obtención de leña y en definitiva de productos que complementen su economía mixta.

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

La sintomática y a primera vista incomprensible ausencia de auténticos poblados en el área meridional de la región -la inmediata a la costa- consideramos se deben a factores bien definidos. Como se ha dicho hay una notable densidad en fases anteriores tanto en la costa como en las áreas montañosas inmediatas con vestigios eneolíticos y argáricos que denotan una economía basada sobre todo en actividades agropecuarias y en fase avanzada posiblemente de elaboración de metales.

Su falta de poblamiento en la fase posterior creemos que puede deberse entre otras causas a la continua leva impuesta por las reclutas de mercenarios, el tradicional comercio de esclavos, sobre todo practicado, para la exportación y sobre todo para la puesta en laboreo de los grandes complejos mineros y procesos fabriles de la costa. Medidas de seguridad, falta de recursos por la limitación de los mismos y la febril actividad en torno a las explotaciones impidió el desarrollo de poblados como en otras zonas. En este área hallamos materiales ibéricos, en especial envases y otras cerámicas utilitarias, pero en un contexto extraño que, pese a lo limitado de las excavaciones en esta zona, es indudablemente muy distinto a los conjuntos del interior y a nuestro parecer íntimamente asociado con el control de las explota-

ciones costeras. Nos atreveríamos a decir que son ajuares de gentes ibéricas fuera de su contexto habitual y posiblemente sometida a la servidumbre laboral ya referida.

Los caracteres generales de los poblados en el área propiamente ibérica no difieren excesivamente de los de otras zonas, en particular de los valencianos. Las variantes que hallamos en ellos lo son sobre todo por factores de tipo orográfico estratégico y de posibilidades de recursos.

Los poblados son de una hectárea como media aproximada de extensión con una calle o plaza central.

Unas cincuenta familias debieron ocupar estas áreas de poblado.

La subsistencia es la tradicional de autoconsumo de base agropecuaria, estimulada en mayor o menor medida por el comercio de intercambio. Este factor será la base fundamental de su desarrollo, como en otras regiones, en los aspectos artísticos y culturales en general.

La ubicación de estos núcleos de población se sitúa en bajas colinas o en escalones naturales en estribaciones montañosas de mayor altura. En estos puntos, a veces con niveles ocupacionales que se remontan al Eneolítico, se halla la

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

fortificación, con una racional distribución en su interior de las viviendas.

En los paramentos defensivos se observa sobre todo un eminente sentido funcional. Se construye muralla tan sólo en los sectores de fácil acceso dejando las áreas de cantil sin construcción defensiva alguna. No importa tanto la armonía y belleza de la construcción como su efectividad ante los peligros del exterior.

Características comunes con otras áreas serán también su proximidad a corrientes de agua, control visual del área de aprovisionamiento, agrícola y de pastoreo y del recinto de la necrópolis.

Particular mención habremos de hacer de los poblados más aislados, a mayor altitud y cuya existencia parece basarse tan sólo en la ganadería. Caracterizados por su difícil acceso, sus defensas son más modestas, consistentes en grandes alineaciones de piedras sueltas que parecen haber estado trabadas con ramas y espinos como las que aún subsisten en nuestras áreas de montaña para impedir el acceso a los apriscos por parte de las alimañas, peligro que debió ser muy acentuado en la época que nos ocupa sobre todo por la abundante presencia del lobo.

En cuanto a la vivienda se refiere las estructuras son las generalizadas para toda el área ibérica y de antecedentes muy anteriores.

Las casas, sin cimentación, se edifican sobre un área explanada y batida. Los zócalos son de piedra trabada con barro, con paramentos de encofrado y sobre todo de ladrillos crudos.

Los techos, con estructuras de ramas, generalmente de pino, llevan entramados de finos haces de junco, anea, paja de centeno o cañas, ligadas con cuerda de esparto. Sobre ellas una capa de barro amasado constituía el exterior del tejado que debió ser plano o con leve inclinación. Parece que ciertos tabiques interiores de las viviendas estaban contruidos por estructuras de cañas tapizadas de barro.

Los suelos, de tierra batida, o a base de lastras de piedra, se cubrían con frecuencia con grandes esteras de esparto, elemento éste que debió servir también de lecho. En ciertas viviendas de mayor entidad las paredes interiores están decoradas a base de pinturas de color rojo, blanco y gris verdoso mientras que lo habitual es que sean revocadas de vez en cuando con sucesivas lechadas de tierra blanca.

La distribución de la vivienda está en función del espacio que la limita habiendo de constreñirse en muchos casos a áreas

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

muy reducidas del interior del poblado en el que se pone de manifiesto la escasa planificación.

La vivienda se atiene a una distribución de tipo funcional que pervive a lo largo del tiempo y ha llegado hasta nosotros en las de tipo elemental en el ámbito agrícola.

La entrada, sin puerta de madera y posiblemente cubierta con una cortina o estera, da acceso a una estancia, la mayor de la vivienda, en la que se hallan por lo general el molino rotatorio para molturación de granos, a veces algún otro de mano de tipo barquiforme, el telar en un punto a nivel más bajo que el resto de la habitación y generalmente en un rincón de la misma y el hogar, con unos pequeños poyos o vasares a sus lados. El fondo de la estancia es ocupado por una serie de vasijas de almacenamiento: ánforas, el tonel, el decantador y algún otro vaso pequeño. Un acceso da al área posterior de la casa, de fondo inclinado generalmente, posible dormitorio. En algunos casos hay estancias anejas de escasas dimensiones, repletas de vasos cerámicos de gran tamaño, predominantemente ánforas y oquedades tapizadas de barro; son almacenes o graneros.

Las dimensiones de la vivienda son generalmente escasas. Como término medio una casa amplia viene a tener unos 20 metros cuadrados cubiertos.

Por lo general y alrededor de la vivienda hay áreas empedradas, hornos, grandes vasos empotrados en el suelo, pozos y huellas y grandes basas de obra para pies derechos que indican la presencia de entoldados y áreas de actividad anejas y complementarias de la vida doméstica.

Los trabajos efectuados en la zona a que nos referimos ponen de manifiesto unos ritos y expresiones comunes al contexto general ibérico.

Es preciso resaltar por la singularidad que representan ciertos restos monumentales hallados en el área. Fragmentos escultóricos más o menos dispersos y reconstruibles son una constante común en las necrópolis ibéricas, tanto a las del área valenciana como a las de la Andalucía Oriental.

En los tres últimos años las excavaciones han aportado dos conjuntos importantes a sumar al ya considerable catálogo de monumentos ibéricos en necrópolis. Ambos corresponden a estelas funerarias: el excavado por Muñoz Amilibia en Coímbra y el extraído por nosotros este año en El Prado de Jumilla. Ambos tienen en común un basamento esculpido con cuatro figuras yacentes del que emerge un gran elemento prismático -en el caso de Coímbra con unos cuidados e interesantes relieves en sus cuatro caras- y coronado por

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

una gola labrada. Ante la compleja polémica a la que se prestan este tipo de monumentos con paralelos notables y conocidos con anterioridad en tierras valencianas, podemos decir que corresponde como apunta Almagro Gorbea al tipo de *heroon* clásico en su versión ibérica. Un monumento que sirve de hito físico en el área de la necrópolis sea o no superestructura de la incineración de un personaje destacado. Como tal indica la presencia del área sagrada y en general estos monumentos debieron servir como lugares de ofrenda, libaciones y otros ritos de carácter litúrgico.

Hemos de puntualizar que para el área que nos ocupa los únicos exponentes de gran escultura en piedra de carácter arquitectónico hallados hasta el momento parecen corresponder de forma inequívoca a monumentos funerarios. Las supuestas zapatas y otros elementos son piezas definidas y concretas de este tipo de monumentos de carácter funerario.

No podemos dejar de hacer mención a la supuesta destrucción iconoclasta de que a veces la bibliografía arqueológica ha hecho objeto a las esculturas ibéricas.

Es evidente que las esculturas aparecen fragmentadas y en muchos casos esa fragmentación es intencionada. Lo que ya no es tan evidente son los motivos y los métodos que lleva-

ron a su destrucción. Hemos de manifestar nuestro escepticismo ante la idea de una sistemática destrucción inducidos por una iconoclastia radical. Más bien se habría de considerar la idea de la degradación progresiva de unos monumentos que sabemos hechos de piedra arenosa, blanda, en algunos casos degradables al ser humedecidos y que indudablemente se conservaban, como se ha visto, cubiertos por gruesas y sucesivas capas de pintura de diversos colores. Los basamentos son en los casos conocidos de piedra y barro y los estucos de los mismos igualmente de arcilla. La conservación y mantenimiento a la intemperie debió suponer un desvelo constante.

A lo expuesto habríamos de añadir el posible cambio de la religiosidad ibérica sobre todo en base a la inseguridad que pudo dar motivo a violaciones de tumbas en busca de objetos preciosos (hay una evolución de los loculi a lo largo del tiempo desde los de enchachado tumular, cuya presencia es ostensible en la necrópolis, hacia las incineraciones disimuladas y discretas de la época final si bien más ricas en ajuar, como ya indicó Cuadrado). Por tanto el peligro de profanación pudo ser factor determinante que indujo a desmontar los restos aún conservados de elementos visibles que por otra parte, son respetuosamente conservados como restos

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

sagrados y especialmente escogidos para integrar las cubiertas y encachados de posteriores incineraciones. En algún caso como parece deducirse de la disposición del monumento de El Prado, las piezas, desmontadas, son cuidadosamente enterradas en un sitio aparte con especial atención.

Los santuarios forman un capítulo complejo y con constantes sorpresas que desvelan día a día nuevas facetas de la religiosidad ibérica. Esta religiosidad parece tener muy clara la diferenciación entre el concepto de divinidad trascendente -el paso de la vida a la muerte, los ritos de entrega del difunto incluidos en el contexto y ritos de la necrópolis y unas deidades a su servicio cotidiano taumatúrgicas y milagreras. A estas últimas las ubicará y dará culto por lo general en fuentes de agua dedicadas a la diosa de la fertilidad (es el caso de los centenares de fragmentos recogidos por Molina García y correspondientes a vasos similares a los pebeteros clásicos en forma de cabezas de Tanit y hallados en Santa Ana).

El caso más conocido por su especial significado es el de los exvotos de guerreros de bronce, posiblemente ofrendas a la deidad por parte de guerreros mercenarios tras su regreso sanos y salvos a su tierra de origen como agradecimiento por la protección recibida.

Asociado a esta idea habremos de insertar otro tipo de ofrendas votivas: las armas.

En el contexto cultural ibérico nos consta que está claro el concepto de representar la parte por el todo. En la necrópolis del Cabecico del Tesoro se hallaron inhumaciones de falcatas exentas de otro contexto lo que con Nieto Gallo que nos precisó su hallazgo, interpretamos como un posible rito funerario de enterramiento de un varón, posiblemente un guerrero, que está simbolizado por su falcata.

El hallazgo de reproducciones en miniatura de estas armas ha sido motivo de cita ocasional en la descripción de contextos materiales ibéricos. Recientemente hemos tenido la oportunidad de estudiar varias decenas de pequeñas reproducciones de falcata, parte de un contexto que secularmente ha sido objeto de hallazgo poco valorado en un área de laboreo agrícola y cuyo sentido indudable fue el de ofrenda a la deidad de un símbolo bien conocido y representativo: el arma de que era portador el guerrero.

En otros conjuntos de santuario hablamos junto a la constante de un contexto cerámico eminentemente santuario, exvotos de lo que consideramos ofrendas ante los hechos trascendentales de la vida: ofrendas de purificación –palomas o

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

ciertos frutos—, innumerables anillos —quizás de desposorio o de otro cualquier compromiso vinculante— y sobre todo de tipo profiláctico con variedad de representaciones entre los que predominan los exvotos de animales preciados —pequeñas esculturas, terracotas, grabados en piedra o plaquitas metálicas representando caballos, bueyes y otros animales— y los referentes a la salud humana con especial predominio de la representación de ojos.

Como conclusión habremos de decir que la cultura ibérica de la Región Murciana queda determinada como contexto comprensible hacia mediados del siglo V antes de nuestra era, de manera provisional.

La mayoría de los poblados perviven hasta la primera mitad del s. II antes de nuestra era, momento en que se constata la clara presencia en toda el área de la romanización.

Durante el dilatado período de tiempo referido y con las oscilaciones conocidas la zona costera y su área inmediata queda bajo la órbita de control púnico y su influencia se deja sentir de forma indirecta, pero intensa por toda el área referida.

No podemos olvidar una fundamental vía de penetración que desde la desembocadura del río Segura -en el contexto cul-

tural costero Elche-Guardamar- remonta la vega hasta Murcia donde se disgrega en dos ramales, hacia el norte por el cauce del Segura y hacia occidente por el del Guadalentín.

La influencia ejercida por la Turdetania, tan próxima y tan vinculada por las vías de comunicación tiene un valor considerable.

Esta serie de factores hacen que las tierras murcianas queden en una especie de encrucijada con sus peculiaridades y nexos afines con las áreas vecinas.